



**WD
40**

**Revista
de poesía,
ensayo y
crítica**

Nº 8

**Valparaíso
invierno 2024**

ISSN 2452-6088

Diario de Marrakech

**Textos inéditos y fotografías
de Juan Manuel Mancilla**

Yamaa el Fna

Hay un hombre lisiado sobre una especie de cama-carreta. Una cama móvil, cama de ruedas inclinada donde el hombre ya anciano reposa mirando el cielo que ahora arroja los innombrables colores del crepúsculo. Creo que está mirando la punta de la media luna plateada, o las nubes que parecen velos cubriendo el sublime rostro platinado de la astral piedra flotante. Quizás mira las estrellas que brillan con especial rutilancia, como si se acompañaran al ritmo de la música. Llego a pensar que no mira, que no está mirando nada de lo aparente, porque ya es el no-vidente que puede verlo todo, más allá de todo desvelo provisto. Sus ojos abiertos miran algo que yo no logro ver en el universo desde uno de los múltiples centros de la Plaza y que espero por ver aparecer.

Manifestación

Encontrar donde no se busca. Lo que el viento de las buenas noches atrae luna. Inesperado encuentro, insinuado en un sueño hace más de 12 mil noches. Semejante a una flor que nació de la sombra, innominada sin querer ser flor, sin querer ser la sombra. Y que sin querer se hace la savia del pétalo invisible cuando amanece bajo este cielo ensordecedor.

Besos

Dos cobras se arrancan del hipnotizador. Con su mirada vigía, el flautista las sigue. Sus ojos bizcos captan simultáneamente sus opuestas direcciones. Arrancadas de las manos como dos desaforadas niñas para ir a jugar en la arena, a la orilla de algún mar desconocido. En un momento la música de su boca se agitó, sonando mucho más fuerte y veloz con el viento. En ese instante las cobras giraron al unísono, y cara a cara, sus esfinges cabezas en círculo se reencontraron hasta juntar la carne trémula de sus lenguas. El movimiento de sus cuerpos superpuestos a la flauta configuró un invisible triángulo amoroso. Un delta de amor arrancado y reunido por la música, el deseo y el azahar espolvoreado del desierto.

Juego

Pareciera que todo o gran parte de las relaciones gestadas en y alrededor de la Plaza están dadas por el juego: transas, apuestas, adivinanzas, trabalenguas, puntería... Es la jugada por no saber, por entregarse al azar, eliminar o eludir la exactitud, cualquiera sea. Todo tiene una quebradura, como en las dentaduras, o también su punto bizco como en algunas miradas. Nada es directo. Nada es exacto, ni siquiera los días en que celebran años tras años el milenario Ramadán. Todo está revestido de algo dado al juego, que también es misterio.



Bab Agnaw, puerta sur de la Medina

Armonía caótica

Patrones sincrónicos y rítmicos no sólo se pueden oír sino también se logran ver en los motivos de la losa y la alfarería. Esta configuración simétrica también está en los mosaicos y en los puestos de fruta, cada una de ellas no solo apiladas, sino organizadas de tal prolijidad y simetría que desafía la más mínima alteración. Pequeñas escalas puras y concentradas que arman un todo a partir de sus múltiples fragmentos. Así también se manifiestan los patrones rituales y armónicos utilizados en la música Amazigh: una coloratura fragmental sincronizada y precisa, cuyos cortes señalados por silencios diminutos logran acentuar tanto en el oído como en la vista el tejido marcado de su ser en el universo.

Cuerpo

Sigo enfermo. Prosigo despierto por estas calles de tierra. Sueño en Essaouira. Despierto en el mar. Ahí estás, flotando sobre una cama de agua ardiente. Veo en tu ojo el mar venirse encima. Dentro de su pupila, una fogata amatista me quema la yema y me derrite la mirada. Quiero tocar el agua, quiero sumergirme en esas aguas azulosas. No puedo ver, no puedo mirar. Un velo. Entro. Me duermo en un acuario lleno de estrellas.



El Mellah, antiguo barrio judío.

Direcciones

En Xemmá El Fná la alteración es la constante y cada vez que se entra, se sale o se llega para partir. Momento único e irreversible, a no ser por el camino del sueño. Singularidad planetaria difícil de hallar en otra parte del mundo occidental. Aquí las sombras se proyectan al cielo y la lluvia del desierto precipita en forma de arena granulada con partículas de océano en su interior. Quizá sea el único lugar donde la brújula baila y donde el imán se relaja y abraza a su opuesto.

Amazigh: iluminados de la luna

Amazigh, el pueblo y su lengua expresando eso que dicen ser: hombres libres. Los nómadas del desierto que bajaron de la Cordillera del Atlas con sus instrumentos y cantos hace ya más de dos milenios. El pueblo que busca y llega al final para volver a comenzar una y otra vez. El signo representa todo este dinamismo de la eternidad, no redonda decir infinita como su errancia por la tierra: tiempos y espacios inconclusos, sin ir más lejos, el universo que expanden sus manos y pies cantores.

Vida eterna al entero pueblo Amazigh. Eternidad que les pertenece. Aquellos que viven con la mente suelta sobre la tierra y con los pies muy bien puestos sobre el cielo de Marrakech, en la gran Plaza Jemmá el Fná, dimensión milagrosa desde la cual nunca me retiré ni retiraré.

Julio Isla
Rosario Orrego
Felipe González
José Antonio Llera
Felipe Cussen
Daniela Catrileo
Naín Nómez
Sara Jordán
Marjorie Mardones
Felipe de los Ríos

Floro Sanfuentes
Ximena Figueroa
Juan Manuel Mancilla
Giorgio Mobili
Luis Andrés Figueroa
Daniel Rojas Pachas
Clara Parra
Sergio Pizarro
Mateo Díaz

Fernanda Pavié
Miguel Ángel Feria
María Calle Bajo
Alejandro Banda
T.S. Eliot
Marianne Moore
Nial Binns
Yanko González
Kurt Folch
Enoc Muñoz

